

ROMPIENDO LAS CADENAS¹

ACTO UNICO

basado en la obra

PROMETEO ENCADENADO
de
Esquilo

Paolo Di Castro



¹Colaboración de la Escuela Nacional Preparatoria.

PERSONAJES

Poder
Fuerza
Efesto
Prometeo
Océano
Io
Io, el sueño
Hermes
Coro de estudiantes (I)
Coro de artistas e intelectuales (II)
Coro de obreros y mineros (III)
Coro de agricultores (IV)

La acción se desarrolla en cualquier lugar, tiempo y época.

Las últimas notas del primer fragmento de "Also sprach Zarathustra" indicarán la abertura del telón.

Un círculo de luz blanca en el centro del escenario ilumina un cilindro negro. La escenografía será constituida por varias figuras geométricas. La luz en el escenario será predominantemente de tonos fríos.

Llegan hasta el círculo de luz Fuerza y Poder, que tienen cogido de los brazos a Prometeo. A su izquierda, ligeramente abajo, queda Efesto.

Fuerza: Al fin hemos llegado al lugar escogido para tu martirio, lugar de dolor y desolación. ¡Ven aquí, Efesto!

Poder: Cumple con tu deber, según lo que te han mandado. Anda, amarra con férreas cadenas a este loco que quiso atentar contra los poderosos, robando el fuego de la libertad para otorgarlo a los hombres.

Fuerza: ¡Que pague su culpa! Así aprenderá a someterse a la autoridad suprema y no intentar levantar al pueblo.

Efesto: (Avanzando hacia ellos) Vosotros habláis así porque ya cumplisteis las órdenes que os fueron dadas. Ya no tenéis problemas. Pero yo. . .

Poder: ¿Tú qué?

Efesto: Yo no creo tener el valor para hacer esto, para encerrar por siempre aquí, en esta celda, a un hermano mío, a uno de mi propia sangre. No soy capaz, ¿entienden? . . . O no quieren entender. . . (transición). Sin embargo, tengo que hacerlo, debo obedecer. ¡Cuántos crímenes se han amparado en esta frase:

“Obedecía órdenes”: (Fuerza y Poder sueltan a Prometeo y se alejan unos pasos de él) (hacia Prometeo) Tú sabes lo que siento: el castigo es injusto. Estarás por siempre aquí, lejos de los demás hombres y dioses, sin tener contacto alguno con ellos. Los años pasarán uno tras otro, inexorablemente, lentamente, y nadie, ni tú, podrán medir el tiempo de esta agonía. Te torturarán sin piedad y creerás que ya no puedes soportar más dolor; y aún así, el día siguiente te esperará con mayores sufrimientos (pausa). ¡Necio! ¿Ves lo que has logrado por intentar dar a los hombres lo prohibido? Podías haber sido feliz, ¿y ahora? ¿Qué has ganado? ¿Cuál es tu recompensa por haber infringido las leyes de los poderosos? Tus gemidos y llantos no llegarán hasta él, que desde la cúspide del poder dirige, con mano de hierro y corazón de piedra, a quienes lo pusieron en ese sitio.

Fuerza: ¡Calla, insensato! ¿A qué vienen estos lamentos vanos? ¿No te asquea quien atentó contra la seguridad de lo establecido?

Efesto: ¡Pero este ser es un ser como yo!

Poder: De acuerdo, de acuerdo. ¿Pero es posible no obedecer las órdenes superiores? Sabes bien lo que te podría pasar. . .

Efesto: ¿No tienes compasión?

Poder: ¿Y de qué serviría tu compasión? ¿Acaso lo salvaría? No perdamos el tiempo en discusiones inútiles. ¡Haz tu trabajo!

Efesto: Maldito sea mi trabajo.

Poder: ¿Y por qué maldito? Tu trabajo no tiene la culpa.

Efesto: ¡Por lo menos que le tocara a otro hacerlo, y no a mí!

Fuerza: Este deber es duro para ti, sin embargo. . . ¡cúmplole!

Efesto: Ya lo sé, ya lo sé; no me lo repitan.

Fuerza: Entonces hazlo y rápido. ¿No querrás que allá arriba se enteren de tu debilidad? Ponle primero las esposas.

(Efesto recoge del suelo unas esposas y las pone a Prometeo. Todo esto a base de mímica).

Efesto: Ya está hecho.

Fuerza: Y ahora las cadenas. Clávalas firmemente en la pared.

(Mímica como la vez anterior: dos golpes de martillo a cada clavo; un golpe a cada exclamación de Fuerza y Poder).

Efesto: Ya. . . Ya. . . Ya. . .

Poder: Más fuerte. . . Más fuerte. . .

Fuerza: Más fuerte. . . Más fuerte. . . Más fuerte. . .

Efesto: (Derrumbándose frente a Prometeo y gritando) Ya. . . (Poder y Fuerza se retiran) (hacia Prometeo) Oh Prometeo, (se incorpora) estas cadenas han sido hechas para que ningún ser humano o divino las rompa (retirándose). ¿Podrás tú? podrás. . . tú. . . Tú. . . podrás. . . (vase).

(Pausa.)

Prometeo: (Gritando) Ah. . . Dioses del infierno y demonios del cielo, mirad, miradme a mí, Prometeo, prisionero de vuestra injusticia. Ved lo que estoy padeciendo, a lo que me castigó el tirano que manda. Y no hicisteis nada para impedirlo. ¿Acaso sois impotentes frente a él, que se cree un dios, pero un dios mezquino y cobarde? (transición). Y yo estoy aquí, desamparado, y por años, siglos, milenios o por la eternidad misma padeceré tormentos, y mis lamentos no encontrarán eco alguno. Todos los oídos son sordos a mis gritos (transición). ¿Y qué hacen estos hombres, desafortunados mortales, a quienes busqué dar un nuevo aliento de vida, soplo mágico y misterioso, desconocido y siempre anhelado. . . ¡la libertad! (pausa. Empieza a oírse la música). ¡Hombres, rescatad a Prometeo y recobrad vuestra libertad!

Coros: (En un crescendo, con la música) Prometeo. . . Prometeo. . . Prometeo. . . Prometeo. . . Prometeo. . . Prometeo. . . Prometeo. . . Prometeo. . .

Prometeo: (Asombrado) Oigo voces extrañas. Pero es mi mente que oye estos sonidos, no mis sentidos. La locura va a apoderarse de mí. Mi cabeza va a estallar. ¿Es esto un nuevo sufrimiento ideado por mis enemigos?

Coros: (Como antes) Prometeo. . . Prometeo. . . Prometeo. . . Prometeo. . . Prometeo. . . Prometeo. . . Prometeo. . . Prometeo. . .

Prometeo: (Asustado) ¿Qué quieren? ¿Quiénes sois que os venís a burlar de mi desdicha? ¿Es realidad o sueño; sueño o locura; locura o muerte? ¿Qué es? ¿Quiénes son? El aire vibra con estas voces, voces que toman forma ante mis ojos. ¡No os acerquéis, dejadme! ¡Dejadme en paz. . . solo con mi dolor!

Coro: No tengas miedo, Prometeo. Somos tus amigos.

Coro 2: El ruido de estas cadenas y tus gemidos llegaron hasta nosotros.

Coro 3: A lo profundo de las minas y a las cárceles de las fábricas.

Coro 1: A las aulas donde perdemos el tiempo inútilmente.

Coro 4: Se extendieron sobre los campos que por milenios hemos estado trabajando.

Coro 2: Los oímos todos nosotros cuyo pensamiento y arte sufre por tu cautiverio.

Coros: Y levantamos nuestra mirada hacia ti.

Prometeo: Qué triste espectáculo para vuestros ojos.

Coro 3: En realidad triste, oh Prometeo. Sin ti nosotros somos nada.

Coro 4: Nuestras acciones no tienen ya sentido.

Coro 2: Zeus impuso su arbitrio sobre todos.

Prometeo: Hubiera preferido la ilusión de la muerte, tenue esperanza de toda existencia, meta final de nuestros sueños, pasiones, amores y odios. Esta realidad es más infame. ¿Para qué seguir viviendo, ya que sin libertad muere la vida?

Coro 3: ¿Quién puede sacar placer viendo tales torturas?

Coro 4: ¿Dónde está quién no lllore de tus males?

Coro 1: Sí, hay alguien. . . que ebrio del poder nos esclaviza.

Prometeo: Pero no será por mucho tiempo, os lo aseguro. Yo no puedo, pero alguien escuchará vuestro llamado, y os libraré de él. Lo que no se puede hacer con la persuasión, hay que hacerlo con la fuerza. Ya ha dado la hora. Andad, hombres, tomad lo que es vuestro.

Coro 2: Cuidado con lo que dices. A veces las palabras salen de nuestros labios inadvertidamente.

Coro 1: Y lo que se ha dicho permanece.

Coro 4: Para recordarnos nuestra condición.

Coro 3: Somos seres humanos.

Prometeo: Vosotros sois falibles, el error acompaña toda vuestra vida. Pero yo no soy humano porque soy fruto del pensamiento, que es inmortal. Mi esencia causa mi existencia; yo sólo existo en vuestras mentes, en vuestros deseos, en vuestras aspiraciones y sueños. Existo cuando estoy presente, y más aún cuando estoy cautivo, como ahora. . .

Coro 4: Cuéntanos tus males, Prometeo.

Coro 2: Confía en nosotros.

Coro 3: Ansiamos saber el por qué de todo esto.

Coro 1: Dinos cuál es tu culpa.

Prometeo: Amigos, vosotros queréis que hable de algo cuyo solo recuerdo me produce dolor. Sin embargo es preciso que sepáis todo (pausa para recordar). En el principio del mundo, cuando idioma alguno salía de los labios de los hombres, el Bien y el Mal, creadores y engendrados de todo lo existente, lucharon entre sí para extender su dominio sobre los nuevos seres. Yo no vivía aún, y por eso los humanos padecieron el despiadado arbitrio de los todopoderosos (con ternura). Hasta que un día (luz blanca) un hombre y una mujer cuyos nombres y rostros se han perdido en la memoria de la eternidad, levantaron su vista del suelo. . .

(En la parte derecha abajo del ciclorama se verán las sombras de El y Ella, que actuarán según los parlamentos.)

Ella: Mira, amor, cuántos luceros brillan allá arriba.

El: ¿Qué veloces cruzan el firmamento! ¿A dónde irán?

Ella: No lo sé (transición). Parece que se pueden alcanzar estirando los dedos.

El: Es cierto (pausa). Dime, ¿qué será de nosotros cuando todo esto acabe?

Ella: No te entiendo.

El: Sí, cuando el sol ya no alumbre, cuando la claridad de la luna se pierda en las tinieblas, cuando ya no haya estrellas que velen sobre nuestros sueños. ¿Qué será entonces de nosotros?

Ella: Será lo que el destino quiera. Siempre él ha dispuesto de nuestras vidas. Su

- voluntad y la nuestra son una sola cosa.
- El: ¿No te gustaría por un instante solamente, por el tiempo que tarda aquella luz en apagarse para volver a su antiguo resplandor, poder hacer de tu existencia lo que tú deseas?
- Ella: ¿Es posible?
- El: Lo ignoro (transición). Podemos probar, ¿sabes? Cierra los ojos y repite conmigo:
Yo quiero. . . disponer. . . de mi vida. . .
- Ella: Yo quiero. . . disponer. . . de mi vida. . .
- El: Para buscar. . . la felicidad. . .
- Ella: Para buscar. . . la felicidad. . .
- El: Yo quiero. . . ser. . . libre. . .
- Ella: Yo quiero. . . ser. . . libre. . .
- (Pausa. Se apagan los reflectores que proyectaban las sombras).
- Prometeo: Así yo tomé consistencia en el alma humana. Mis raíces llegaron a lo hondo de vuestros corazones. Y el hombre escapó al dominio de los otros hombres y de los mismos dioses. Ya no había una sola voluntad para todos: todos eran su voluntad. Se forzó en los humanos una conciencia, y empezaron a juzgar a sus gobernantes celestes y terrestres. Se invirtió el orden del Cosmos: la libertad reinaba (pausa). Esta es mi culpa: quitar las cadenas que los tenían esclavizados; y este es mi castigo: ser prisionero de esas cadenas mismas. Ved lo trágico de mis sufrimientos, lo desgraciado de mi suerte; si de vuestros ojos no están brotando lágrimas, ¿de qué suelen llorar?
- Coro 1: Razón tienes en verdad. Sólo al ver tus males nuestra alma se atormenta.
- Prometeo: Yo, el ser libre, cautivo y humillado, despojado de su naturaleza humana y divina.
- Coro 4: Para que tu condición sirva de ejemplo a tus secuaces.
- Prometeo: Soy el aviso de la venganza, el principio de la ira.
- Coro 3: Y ese estado de cosas seguirá, hasta que alguien le ponga término.
- Prometeo: ¿Quién podrá? ¿Quién osará arriesgarse a compartir conmigo mi prisión en un inútil intento de rescate?
- Coro 2: Nosotros, Prometeo, para edificar sobre los escombros del pasado la fortaleza del futuro.
- Prometeo: Si es así, corred a todos los rincones del mundo, decid a la humanidad entera.
- Todos: Prometeo no ha muerto. Prometeo volverá con los hombres.
- Coros: (Apagándose poco a poco) No ha muerto. . . Prometeo. . . con los hombres. . . Prometeo. . . volverá. . . Prometeo. . . con los hombres. . . volverá. . .
- (Océano cruza lentamente el auditorio hasta subir por una rampa al escenario).
- Océano: Desde muy lejos llego a ti, dios hijo de los hombres, esclavo de tus súbditos, para participar del dolor de tus desdichas. Mi pobre ayuda te ofrezco.
- Prometeo: ¿Tú también vienes como espectador de mis infortunios? Entonces mírame, graba en tu recuerdo la visión de un dios vencido.
- Océano: Lo que veo me repugna y más aún sabiendo que Zeus se sirvió de ti antes de tornarse déspota. El tirano habla de libertad y de justicia mientras que no tenga el poder, y después todo lo olvida, hasta a sus mismos amigos (pausa). Te voy a dar un consejo: no sigas atacando a tus verdugos por ahora; busca contenerte y frenar tu lengua. El está lejos de aquí, pero todo llega a sus oídos. Y si supiera lo que andas diciendo desde esta celda, lo que has padecido hasta ahora sería poco frente a los nuevos tormentos que te esperan. Cálmate, Prometeo, domina tus impulsos; y mejor dedica tu tiempo en encontrar una solución para salir libre de aquí.
- Prometeo: Es muy fácil para ti, que no estás sufriendo dolores y humillaciones, hablar de calma y encontrar hermosos y altisonantes consejos.
- Océano: (En el escenario) La voz de la experiencia guía mis palabras, que sin embargo a ti parecerán palabras de viejo. Ya son numerosos tus males; ¡no hagas que a ellos se agreguen otros peores debido a lo altanero de tu lenguaje! Zeus es

más fuerte que tú, y el que manda no tiene que rendir cuentas a nadie de sus actos.

Prometeo: Pero ya el mundo ha sido informado de mi suerte. El grito de dolor ha encontrado un eco en los corazones humanos y como un martilleo incesante se repercute en los oídos de los hombres. Ellos harán algo.

Océano: ¿Tú crees, Prometeo? No seas ingenuo. ¿Qué podrán hacer ellos, pobres y míseros mortales, frente a un dios? ¿Acaso piensas que él escuchará sus voces suplicantes? ¿Desde cuándo un ser divino ha tenido compasión de los humanos?

Prometeo: Yo tuve compasión de ellos.

Océano: Y nadie la tiene de ti (transición). Voy a intentar algo, Prometeo, aunque no sé si dé resultado alguno: iré a visitar a ese tirano de los dioses y mortales a lo alto de su palacio y le pediré clemencia por ti. Eso es lo más oportuno.

Prometeo: Te agradezco tu ayuda, no obstante pienso que vas a perder tu tiempo. El es inflexible y no podrás persuadirlo ni tan sólo lograrás ablandar su corazón. No te molestes inútilmente.

Océano: Confío que mis palabras lleguen a su mente y lo conmuevan un poco. Ten fe, y lograré poner un término a tus penas.

Prometeo: Oh viejo amigo, cuídate. No sea que Zeus tome a mal tu intervención y te considere también un delincuente. Todo es posible. . .

Océano: (Desde la rampa de la derecha) No te preocupes por mí. Tantas palabras se han dicho en vano, palabras que no tienen sentido alguno y sólo guardan propósitos engañosos. Mi lengua será movida por la razón y por mis buenas intenciones.

Prometeo: Jamás olvidaré este noble gesto. Pero, por piedad, mantente alejado de este asunto. Si soy un desdichado, no quiero que mi infortunio alcance a otras personas. Aumentaría mi sufrimiento. Ya mucha gente padeció tormentos en mi nombre; soy como el que tiene una terrible enfermedad: el que se le acerca, perece con él.

Océano: No le temo al odio y a la ira; no me doblegan las torturas y los suplicios; no me ofenden las infamias y las calumnias. No arriesgo nada: el que nada posee, nada tiene que perder.

Prometeo: Me asombran tu valor y tu fe.

Océano: Tu situación me infunde más valor; la razón robustece mi fe. Aprende, Prometeo; nunca desesperes, nunca pronuncies esa palabra que indica la más cruel de las derrotas: imposible. Nada es imposible para quien sabe creer (vase).

Coro 1: Todo el Universo llora la muerte de Prometeo.

Coro 2: Cunden la indignación y la ira.

Coro 3: Y la reacción no se hará esperar.

Coro 4: El viento lleva a todos los oídos de los hombres el grito de angustia de quien, por amar la libertad, sufre castigo.

Coro 1: Y de boca en boca se repiten palabras amargas llenas de desencanto y de tristeza.

Coro 2: Todo lo que nos habían enseñado resulta ser mentira.

Coro 3: El orden, la libertad, la justicia: ¿dónde están?

Coro 4: Nos llenaron la cabeza de frases vacías aprendidas en los libros de escuela.

Coro 1: Frases que ya no son, porque nunca fueron.

Coro 2: ¿Es posible, hermanos, que creáis en fantasmas dialécticos fruto del interés y la ambición?

Coro 3: Nosotros ya no creemos en nada. Hay que empezar de nuevo.

Coro 4: Debemos crear ahora los postulados de una nueva realidad.

Coro 1: La realidad del hombre.

Coro 2: El solo ser que reconocemos como nuestro medio y nuestro fin.

Coro 3: A cuya liberación y realización nos esforzaremos todos.

Coro 4: Cueste lo que nos cueste.

(Por la lateral derecha sale Io (1), y baja corriendo desesperadamente por todo el teatro).

Io (1): ¿Dónde estoy? ¿A qué región del mundo me han llevado mis errantes pasos? Veo una sombra encadenada, pálido fantasma negro, con el rostro desfigurado

por el dolor. ¡Ay, ay de mí! Cien voces me persiguen, mil pares de ojos me acosan con su espantosa mirada. En todos lados a mi alrededor hay miedo, terror, desolación, muerte. . . Y frente a mí, un pavoroso abismo del cual no se divisa el fondo. ¿Qué han hecho conmigo? Mis días están contados, el tiempo apremia: sólo unos cuantos granos de arena faltan caer para que mi destino se decida (pausa). Despreciada y humillada, he buscado refugio en cada rincón del Universo y en ninguno he encontrado la paz. Siempre me señalan con el dedo, me injurian y escupen en mi cara; y tengo que esconderme de esa gente para emprender de nuevo mi peregrinaje (transición). Pero ya no puedo más, las fuerzas me faltan, la vista se me nubla. Zeus, estoy rendida a tus pies; ¿no era esto lo que tú querías? Ahora, ten piedad de mí (cae junto a la rampa de la izquierda).

Prometeo: No derrames tus lágrimas inútilmente; tus súplicas son voces al viento. El no puede tener piedad. No sabe qué es extender amistosamente su mano.

Io (1): ¡Eh! ¿Quién eres tú que no respetas mi dolor y osas dar consejos impregnados de altaneras palabras?

Prometeo: Soy un ser aborrecido por los dioses y casi olvidado por los hombres. Mi nombre es Prometeo.

Io (1): ¿Tú eres Prometeo? Entonces somos hermanos en el dolor y la desdicha. He oído tu historia, y de verdad que se parece a la mía.

Prometeo: Ignoro por completo tus desventuras.

Io (1): Si quieres oír las te las voy a narrar. Escucha entonces: era yo feliz, y la gente que me rodeaba compartía mi alegría. No existía el miedo, se desconocía el dolor. Todo prosperaba, ya que la naturaleza entera disfrutaba de la paz existente. De eso, hace mucho tiempo, en los albores de la historia del mundo. Y los dioses tuvieron envidia de la felicidad del hombre y sembraron en su corazón la semilla del odio y la discordia. Pronto dio fruto, y los hermanos mataron a los hermanos, los hijos a los padres, las esposas a los maridos, los amigos a los amigos. Se pronunció con horror una palabra: muerte; y se inventó la técnica del exterminio: la guerra. Como una terrible epidemia, se difundió rápidamente en todas las tierras; yo quise huir, y empecé un largo viaje sin destino que aún no tiene término. Donde mis ojos se fijan, el espectáculo siempre es el mismo: el fuerte vence al débil, entre los aplausos de los demás o con su tácito consentimiento (empieza a dormirse). ¿Por qué los dioses son tan inhumanos y encuentran deleite de estos mezquinos espectáculos? (queda vencida por el sueño).

(Por la derecha sale Io (2), muy suavemente, casi saliendo de un sueño).

Io (2): Te quiero, Prometeo. Te he extrañado mucho, ¿sabes? Cuando estoy sola tu rostro aparece en la neblina de mis recuerdos, tu voz suena en mis oídos. ¿Cómo sería posible olvidar los dulces ratos juntos, en medio de los eternos instantes de separación? Me haces falta. . . y tengo miedo. Miedo de perder tu amor, ese gran amor que todo en mí lo hace posible. Temor de que mi mano nunca más esté prisionera entre tus dedos, de que tus labios ya no me besen como antes, con cariño y pasión. Necesito tenerte junto a mí, para que me enseñes el camino que nos llevará hasta la cima de aquella montaña inalcanzable desde la cual se mira al Universo entero. Me prometiste llevarme allí, ¿recuerdas? Cuanto tiempo ha pasado y cuanto más ha de transcurrir hasta que nuestros sueños se cumplan. Sueños hechos de pequeñeces y de cosas raras: correr por la campiña como dos enamorados, apenas tocando la hierba que, llorando su rocío, se inclina ante nuestros pasos; embriagarse con el perfume de las flores; sentir la delicada caricia del tibio viento; gozar del reflejo de un atardecer sobre las olas agitadas por una ligera brisa; esperar un nuevo amanecer que nos encontrará juntos, abrazados el uno del otro (pausa). Hemos sido muy felices, juntos (se arrodilla a los pies de Prometeo).

Prometeo: Y lo volveremos a ser, algún día. Nosotros hemos hecho florecer a la humanidad, la hemos hecho prosperar. Hemos puesto en el hombre toda clase de inquietudes que lo impulsan hacia un mañana mejor, a conocer más, a tener más. Dimos vida a toda ciencia, a todo arte, a toda filosofía; el ser humano

traspuso las ancestrales barreras de la ignorancia para proyectarse hacia nuevas dimensiones de sabiduría.

Io (2): El hombre exploró dentro de lo sumamente pequeño lo infinitamente grande. Encontró los misterios que rigen su existencia y fue capacitado para crear formas de belleza que los dioses, con toda su imperfección, jamás conocieron. . .

Prometeo: Amplió sus horizontes, descubrió nuevos mundos. Se lanzó hacia nuevas metas. . .

Io (2): Metas dictadas por el afán de encontrarse a sí mismo. . .

Prometeo: De forjar un mejor futuro para sus hijos. . .

Io (2): Hijos concebidos en el amor, grande e impenetrable fuerza que ahora desconocen, llave mágica para abrir la puerta de la felicidad (se levanta). ¿Es posible que los hombres hayan olvidado el amor?

Prometeo: No, no lo han olvidado: a él miran en sus noches de soledad, a él imploran en los momentos de dolor, a él invocan en las humillaciones y en los tormentos. Sin el amor no hay felicidad posible.

Io (2): Pero. . . ¿existe la felicidad? ¿No será sólo un sueño inalcanzable que cada día se aleja más? ¿Algo ficticio, inexistente, cuya única finalidad es hacernos vivir hasta mañana?

Prometeo: ¿Crees eso?

Io (2): No. Yo soy feliz contigo. . . y entonces la felicidad existe (transición). Está hecha de instantes que a veces sacrificamos por la ilusión de un futuro incierto. Podríamos ser felices y no lo somos, porque pensamos que este precioso don escapará de nuestras manos. La felicidad está en aprender a vivir en el amor: puede estar en una palabra de cariño, en una mirada, o en una sonrisa; o es posible que se manifieste en un paisaje, en la poesía encerrada en los pétalos de una margarita, en un atardecer, cuando el sol cede su luz a las estrellas, o en la lluvia, mientras el cielo llora compadecido de las miserias humanas (pausa). En muchas formas se manifiesta, que a veces escapan a nuestros sentidos y a nuestra comprensión. ¿No eres tú feliz cuando me amas? Si alguien tiene la capacidad de amar siempre será feliz (vase).

Prometeo: Nosotros seremos nuevamente felices, y la humanidad entera con nosotros.

Io (1): (Despertando) Nunca los hombres volverán a sonreír. De sus rostros se ha borrado la expresión que tenían de niños. ¿Cómo es posible tratar de vivir cuando sobre nosotros pesa un destino desconocido y cruel? ¿Cuándo la destrucción total está a cada esquina, a cada paso? ¿Para qué acabar unas leyes morales y naturales, cumpliendo con nuestros deberes y obligaciones, si eso de nada nos servirá? Desde que la razón ilumina nuestras mentes, cuando aún nuestros pies no pueden llevarnos con seguridad, se nos dice lo que hay que hacer y lo que está prohibido. ¿Prohibido por quién? Por una sociedad que con su ejemplo niega sus enseñanzas. Y como vamos creciendo, nos damos cuenta que todo es mentira y nada es verdad. El hombre recibe esta desilusión y tiene que aceptar esa mísera realidad: la Tierra se precipita en las tinieblas del abismo. ¿No hay que dejar que esto suceda (por la izquierda, abajo, se asoma Hermes); hay que impedirlo! Zeus debe morir, y con él todos sus secuaces de éste y del otro mundo.

Hermes: (Con violencia) Calla, mujer con lengua de víbora que vienen a dar insidiosos consejos. Guárdalos para ti cuando los necesites. ¡Fuera de aquí, fuera!

Io (1): (Huyendo) ¿Cuál es mi nuevo destino? Oh, desventuras, compañeras inseparables, esperadme. Vuestra compañía es mejor que la soledad. Esperadme. . . esperadme. . . ahora vengo (sale).

Hermes: Pobre insensata, está loca sin duda alguna. No sabe lo que dice.

Prometeo: Yo te aseguro que, al contrario, es la sola persona cuerda que hay por aquí.

Hermes: (Hacia Prometeo) Y tú, hablador mentiroso, tendrás que arrepentirte de tus palabras. Te creías muy seguro aquí, estabas convencido de que tus frases no escaparían de estas paredes. Y no; el viento las transportó hasta los oídos de Zeus y un enemigo más tremendo todavía caerá en breve sobre ti.

Prometeo: Oyeme bien; tú que eres menos que un siervo de los dioses: yo uso el lenguaje que más me plazca, aunque a ti y a él se les antoje altivo, altisonante y altanero. ¿Entiendes? ¿Acaso estoy temblando de miedo? ¿Voy a pedir entonces

- humildemente perdón? ¿Voy a doblarme en reverencias frente a él, que no merece ni el esfuerzo de una palabra? Si esto es lo que él desea, puedes regresar y decirle que todo lo que haga en este sentido será hecho en vano.
- Hermes: Bien te mereces lo que estás padeciendo. No respetas el orden del mundo; el que está abajo tiene sólo un deber: obedecer.
- Prometeo: ¿Obedecer a quién? ¿A un régimen? ¿A un puñado de gentes o dioses sin ningún derecho sobre los demás? Tu esclavitud a esos seres es más despreciable que la mía a estas cadenas.
- Hermes. Eres un estúpido idealista.
- Prometeo: No, soy alguien que prefiere un brutal encierro de tormentos a prostituir sus convencimientos, como tú lo haces.
- Hermes: Estás delirando (casi yéndose).
- Prometeo: Fíjate, tanto miedo le tienes a la verdad que prefieres resumirla en una palabra: delirio.
- Hermes: (Regresando rápidamente) No sigas insultándome o te costará caro.
- Prometeo: ¿Qué más puedo esperar de ti y de ellos? Toda ilusión sería. . . lo que es, una ilusión. No hay tormento alguno que pueda doblegarme: ni el hambre, ni la sed, ni el látigo, ni la prisión perpetua lograrán que intente levantar mis manos en actitud suplicante, para convertir mi esclavitud en vasallaje. Estos suplicios me darán fuerza y vigor, y así no dejaré nada intentado para que el tirano se derrumbe y su corona de poder lo aplaste con su peso.
- Hermes: Para que tú satisfagas tu ambición.
- Prometeo: Sí, también hay ambición, lo confieso. Pero te faltó pronunciar una palabra: justicia. Justicia para los hombres y para los dioses.
- Hermes: A Zeus no le va a gustar eso, tenlo por seguro. Y antes de lo que tú te imaginas su voz se hará oír y su tremendo castigo se abatirá sobre ti.
- Prometeo: Anda, dile de una vez por todas que Prometeo no le teme, que Prometeo se ríe de su maldad envuelta en buenas intenciones.
- Hermes: (Yéndose) No digas después que no fuiste avisado. Cuando el infortunio esté encima de tu cabeza no culpes de ello al destino o a tu mala estrella: la culpa será tuya y sólo tuya. No será algo imprevisto: será la consecuencia de tu locura (vase).
- Prometeo: Si me puedes oír, tirano de los dioses, dios de los tiranos; escucha mis palabras: no te tengo miedo, y el día que nos enfrentemos sabrás quien es Prometeo.
- Coro 4: Tendrás ocasión de hacer esto, Prometeo, cuando seas libre. Tus cadenas caerán, disueltas como nieve al sol. Ya el mundo no dará vuelta alrededor de un eje de palabras. Los hechos son los que cuentan. Hechos de los que surgirá una nueva modalidad de vida. No queremos un déspota que nos mande; deseamos un amigo que nos guíe.
- Coro 2: Te libraremos, Prometeo, porque te necesitamos. Tú y tu fuego de libertad deben vivir con nosotros, en el corazón de cada quien. Esa eterna llama que nos sirve para alumbrar el incierto camino por donde pisamos debe estar junto a nosotros, para que no nos extraviemos en la oscuridad que nos rodea. Con esa luz podremos ver los obstáculos que nos circundan y los enemigos que nos acechan; evitaremos los unos y lucharemos con los otros. Y venceremos a ambos.
- Coro 3: El déspota será humillado, el tirano será derrocado; y en su caída arrastrará a todos aquellos coyotes del poder que lo adulan y lo aconsejan, movidos por su interés y no por sus creencias. No queremos que existan imperios de ninguna clase: ni políticos, ni sociales, ni económicos, ni tampoco religiosos. No obedeceremos ni a un hombre ni a un dios: sólo escucharemos la voz de la razón y nuestra voluntad. Ya somos mayores.
- Coro 1: Pero a nosotros se nos considera mayores sólo para enviarnos a morir; para comprar nuestra decisión con falsas promesas o para encarcelarnos por más tiempo. Si no, nosotros no tenemos ningún derecho a opinar, a dar a conocer nuestras ideas, sugerencias, y hasta nuestro sentir. Y si osamos hacerlo, en un destello de valor o de locura, los gigantes nos pisan y nos hunden bajo la tierra.

- Coro 4: Queremos que tú nos guíes hacia el mundo de libertad y de felicidad que nos prometiste: un mundo donde no haya amos y esclavos, negros y blancos, ricos y pobres; en el cual se desconozcan las miserias y los sufrimientos, el hambre y la hartura; donde las leyes se acaten no por miedo, sino por convicción; donde los gobernantes sean efectivamente escogidos por los gobernados. Sólo así la humanidad empezará a vivir, ya que lo que vimos hasta ahora fue únicamente una caricatura de la vida mortal.
- Coro 3: Deseamos la paz para poder dedicarnos plenamente a nuestras ocupaciones y familias. No debemos preocuparnos jamás de ¿qué comeremos mañana? ¿Qué será de nuestros hijos? Necesitamos esa paz, esa tranquilidad física e intelectual que hace que el hombre no tenga que estar siempre defendiéndose de los demás y pueda dedicarse a lo que más le plazca. Para que la paz exista es necesario que todos los hombres sean una sola cosa, que caigan las barreras de todo orden que los separan; y que miremos a nuestro prójimo no como un ser hostil, sino como un ser amigo.
- Coro 2: Debemos descubrir nuevamente el amor y fomentar la comprensión entre nosotros. A veces, amar no es tan fácil como parece y nos cuesta mucho sacrificio. ¡Olvidémonos de los defectos de los demás y fijémonos en sus cualidades! No hay gente mala y gente buena: todos somos iguales.
- Coro 1: Ayúdanos, Prometeo, a sustituir los dioses presentes y pasados por una sola divinidad: el hombre; para que a su realización concurren todos nuestros esfuerzos, logrando que el ser humano tenga poder sobre sí mismo y pueda finalmente contestar a las preguntas que desde milenios se ha ido formulando. . . ¿Quién soy? ¿A dónde voy? . . . con las siguientes palabras: soy el dios-hombre, el ser más perfecto y poderoso que existe, y mi destino es superarme para seguirlo siendo.
- Coro 4: ¿Qué estamos esperando? No perdamos el tiempo haciendo filosofía.
- Coro 3: Parece que hemos olvidado que Prometeo está padeciendo mientras que nosotros gastamos inútilmente palabras.
- Coro 4: Basta ya de discusiones. Ahora hay que actuar.
- Coro 3: Pero ¿cómo podremos liberarlo sin que el tirano nos descubra?
- Coro 2: No se acobarden, compañeros: ahora es cuando hay que dar el paso decisivo.
- Coro 1: No tenemos armas.
- Coro 2: Poseemos la fuerza de las acciones y la voluntad. Esto es suficiente.
- Coro 1: Entonces dominemos el miedo y vamos a rescatar a Prometeo.
- (Música. Suben por las dos rampas hasta el escenario. Salen a escena Fuerza y Poder).
- Poder: Te lo dije que no había que confiar en los humanos.
- Fuerza: (Hacia los coros) Ahora pagarán su atrevimiento. ¡Efesto! (llega Efesto). ¡Mátalos! (los coros quedan inmóviles; Efesto está indeciso). ¿No oíste? (pausa). ¡Mátalos!
- Poder: Haz lo que te mandan si no quieres quedar tú sujeto por cadenas aún más poderosas.
- Efesto: (Después de una breve pausa) No, esta vez no voy a obedecer. Ya me cansé de cumplir órdenes y más órdenes que me repugnan, de no poder juzgar por mí mismo, de tener que aceptar opiniones y decisiones que no comparto (se quita sus insignias). Prometeo, los dioses te condenan; los hombres te absuelven. Sea la voluntad de los humanos.
- Fuerza: ¡Efesto! Tu vida o la vida de ellos.
- Efesto: No, vuestra vida.
- (Música. Luz de destellos. Los coros y Efesto luchan con Fuerza y Poder. Estos caen al suelo derrotados).
- Prometeo: Al fin Prometeo verá de nuevo el sol (los coros y Efesto se ponen en semicírculo a los lados de Prometeo). Aceptará esa mano tendida por los hombres y la estrechará fuertemente sellando un nuevo pacto de unión y de amistad. ¡Temblad, tiranos y poderosos! Prometeo regresa con los seres humillados y sufridos (rompe las cadenas). Prometeo es libre.
- (Cesa la música. Mutis. Telón).